

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La gran fiesta de los pobres.

La caridad es patrimonio del cristiano.

IMBORRABLE para los católicos hijos de Valdecarros y para los que tuvimos el honor de acompañarles en la sublime fiesta del amor, celebrada el día 7 de los corrientes, será el recuerdo gratísimo de aquellas manifestaciones grandiosas de sano entusiasmo religioso, nacidas al calor del sentimiento hidalgo de la piedad y del bien.

Pocas veces, en el breve correr de la existencia, han oreado nuestra alma brisas tan bonancibles, aires tan perfumados de aromas de virtud, que vertieran con místicos efluvios las flores del santuario en la primavera de la gracia y del amor.

¡Dios sea bendito y haga que esas flores no se marchiten jamás en nuestras almas!

Un doble motivo de júbilo dió origen a la grandiosa gesta de Valdecarros, el pueblo hidalgo de las recias creencias religiosas, prototipo de la nobleza charra, tradicional y castiza.

Ese día memorable celebraba el buen don

Luis González Huertos sus bodas de plata sacerdotales y se clausuraba oficialmente, por esta época, el Asilo de mendigos—cuyo es el fundador benemérito—, con la terminación de los ejercicios espirituales, dados al pueblo y a los pobres por los reverendos padres jesuítas Maestro y Velasco. ¡Los jesuítas..! ¡Los santos varones, apostólicos, romeros de la paz y del bien, que en alas de la fe y del amor a Dios y al prójimo, van por el mundo derramando amor y consuelo, luz y gracia, fe, esperanza y caridad!

No es posible, dentro de los estrechos límites de nuestra minúscula revista, hacer una crónica extensa de cuantos actos de caridad y de fe presenciemos aquel día, y de los que tuvieron lugar en los precedentes.

Pero haremos un breve bosquejo general, y perdonémos las omisiones involuntarias en que incurramos.

¡El nombre de los que hacen el bien está grabado con caracteres indelebles en el Corazón Sacratísimo de Cristo

¡Ya es recompensa!
¡La mayor de todas las recompensas..!



D. LUIS GONZALEZ HUERTOS

Fundador del Asilo de Valdecarros.

BODAS DE PLATA DE DON LUIS GONZÁLEZ HUERTOS, PÁRROCO DE VALDECARROS

No sabemos cómo los mendigos del Asilo tuvieron noticia de que en el mes de Abril se cumplía el vigésimoquinto año de la ordenación sacerdotal del venerado y querido fundador del albergue de sus consuelos. Mas es lo cierto que, sin titubeos de ninguna especie, suplicáronle accediera a celebrar sus bodas de plata con el apoyo de varios cooperadores de su obra.

El humildísimo padre de los pobres, no pudiendo resistir los insistentes ruegos de unos y otros, accedió, agradecido, a condición de que pasara por su mano cuanto tratara de hacerse en su honor.

Entonces fué cuando las autoridades y titulares del pueblo, asistidos de algunos sacerdotes de la Unión Apostólica, trataron de organizar la celebración de tan fausto día, en honra y gloria del cariñoso y benéfico Pastor. Y se trazó un programa, cuya gestación duró hasta que tuvo conocimiento de él nuestro discreto don Luis, que echó a tierra de un plumazo todos los planes e iniciativas.

Y se llegaba el tiempo, y no había medio de convencerle, cuando vió la luz pública, en EL MENDIGO, un articulito suyo, en el que invitaba a los cooperadores salmantinos a la fiesta religiosa del día 7, como término de los santos ejercicios de su feligresía.

«No quiero—decía—regalos. Desearía de las almas generosas una limosna para mi Asilo, o, lo que es de más valor, una oración por el sostenimiento de éste.»

Y aquí viene a nuestra memoria una frase del Venerable Dom Bosco, fundador de los Salesianos: «Dadme almas y quedáos con lo demás.» Los espíritus selectos se compenetraron, y las obras que nacen del Amor de los Amores no pueden menos de referirse a Dios y a Dios encaminarse.

“POR LA VÍSPERA SE CO- NOCEN LOS SANTOS”

Desde la fecha en que apareció el artículo citado no se dió don Luis punto de reposo. Su casa parecía el despacho oficial de un ministerio en día de crisis. Se escribió a los Párrocos para que dieran noticia a los pobres de sus respectivas localidades, de la inmediata celebración de los ejercicios espirituales; solicitóse de comerciantes y personas caritativas una limosna especial para el sostenimiento de los pobres de Cristo durante

aquellos días y se invitó a los cooperadores a visitar el Asilo, al menos el día la fiesta.

Y entretanto don Luis iba y venía del pueblo a la ciudad y de la ciudad al pueblo, organizándolo todo, inspeccionándolo todo.

La víspera de comenzar los santos ejercicios la casa rectoral era un hormiguero de gentes. Aflúan en gran número los mendigos, animados de los mejores deseos, siendo adecentados por los caritativos feligreses, encargados de tan piadosa labor.

Los niños husmeaban por el resquicio de la puerta del señor Cura, con su curiosidad ingenua y nativa; los vecinos ayudaban a todo, y el jefe de cocina y sus pinches, sudando la gota gorda, preparaban la vajilla y las raciones para los pobres.

EJERCICIOS DE MISIÓN

El miércoles, 3 del actual, dieron comienzo los santos ejercicios, asistiendo a las prácticas religiosas de mañana y tarde, en los cuatro días de su duración, ciento diez mendigos; el pueblo en pleno, presidido por sus dignas autoridades y no pocos fieles de los lugares convecinos. Hasta en las escaleras del campanario y en la repisa de la tribuna se apiñaron los mozos, y no hay noticia de que nunca se hayan cobijado más personas bajo las bóvedas del espacioso templo parroquial.

Los sermones fueron oídos con religioso silencio, y por el ópimo fruto obtenido pueden juzgar los lectores, de la labor apostólica y eficaz de los reverendos padres Maestro y Velasco.

El recuerdo de esta santa Misión no se borrará jamás de la memoria de los fieles hijos de este pueblo ejemplar.

EL “MENU” DE LOS MENDIGOS

Durante los cuatro días de ejercicios se les sirvió, por la mañana, arroz, torrezno, pan y vino; al mediodía, sopa de fideos, garbanzos, carne, chorizo, torrezno, pan, vino y tabaco, y por la noche, alubias, aceitunas, naranjas, pan y vino.

El día de la fiesta, bellas y distinguidas señoritas de Salamanca y Alba, cuya piedad realzaba su hermosura, sirviéronles el almuerzo, consistente en arroz y torrezno, pan y vino; y en la comida potaje, arroz y pescado, guisado de carne con patatas, aceitunas, pan, vino y cigarros.

Y entonces nos acordamos de Cristo, el Redentor, haciendo el milagro de los panes y los peces para saciar el hambre de las muchedumbres necesitadas.

También la caridad, inspirada en Cristo, hace milagros. ¡Bendita la caridad cristiana!

EL GRAN DIA

Los Reverendos Padres Misioneros y tres sacerdotes de la Unión Apostólica celebraron misas rezadas desde las seis a las nueve y media de la mañana, y en todas ellas se distribuyó la sagrada comunión. A las ocho y media la dijo el señor Párroco, dirigiendo tiernos fervorines el Reverendo Padre Maestro, alternados con cánticos de los niños y del pueblo.

La iglesia estaba literalmente llena de fieles. A esta misa asistieron las señoras, señoritas y caballeros de Alba y Salamanca invitados a la fiesta, y se acercaron a la sagrada mesa todos los piadosos concurrentes, siendo el ubérrimo fruto de los santos ejercicios un número aproximado de mil comuniones, distribuidas entre el pueblo y los mendigos.

¡El pueblo entero en gracia! ¡Qué consuelo para su celoso Pastor!

EL ORNATO DE LA IGLESIA

Todos los altares, y de modo especial el mayor, de riquísimo retablo renaciente, lucían las mejores galas, ofreciendo el templo un aspecto encantador, de gran solemnidad.

En su adorno echaron el resto las señoritas del pueblo y de Salamanca, dirigidas por doña Remedios Huebra.

LA MISA MAYOR

La celebró el sacerdote de la Unión Apostólica, doctor don Juan Méndez, asistido por don Julián Barbero, párroco de Larrodrigo, y el doctor don Bienvenido Romo, ecónomo de Monterrubio de Armuña, cantándose la misa de *Angelis*, a dos voces, formando un coro las señoritas de Salamanca y Alba y otro los sacerdotes, caballeros de Alba y feligreses.

El sermón, a cargo del Reverendo Padre Velasco, fué elocuente y sentido, de clara doctrina y unción apostólica, cantando el amor de Cristo a los hombres; amor de sacrificio y redención.

Tuvo bellísimos párrafos de sublime inspiración y supo conmover y ganar el corazón de sus oyentes; que esta es la mejor oratoria: la que llega al alma y hace sentir el bien y la virtud.

Después de la misa el venerable párroco, emocionado y arrancando de su alma frases de amor y de cariño para todos sus feligreses y coopera-

dores, dirigióles una amorosa plática de gratitud, de fervor, de esperanza y de consuelo, que como página evangélica, escucharon todos con deleite espiritual. Y nosotros vimos correr por las mejillas de muchos de aquellos fornidos hijos del campo y por las de aquellos pobres mendigos y aquellas piadosas mujeres, lágrimas de amor y gratitud, que brotaban al impulso de sus nobles sentimientos.

Acto seguido diónos don Luis la bendición con el Santísimo y la Papal, por delegación de los Padres Misioneros.

Nunca habíamos presenciado acto tan grandioso y conmovedor con tanta concurrencia y con recogimiento tan profundo.

Valdecarros dió el domingo, 7, una nota de religiosidad que le ha elevado a la mayor altura de la valentía cristiana.

¡Bendito sea Dios!

EN EL ASILO

Tras los cultos reseñados fué la comida de los mendigos, presenciada por incontable número de personas, entre las que recordamos a los dignísimos párrocos de Gajates, Pedrosillo de Alba y Larrodrigo, el coadjutor de Alba, don Guillermo Monzón; los sacerdotes salmantinos, don Angel García, don Bienvenido Romo y don Juan Méndez; los Reverendos Padres Misioneros, el subdelegado de Medicina de Alba de Tormes, don Fulgencio Salinero; las autoridades, maestros y titulares del pueblo y representaciones de las Congregaciones allí establecidas.

Doña Remedios Huebra y las señoritas Calvo Montealegre, Robuster, González Avila (María y Manuela), Peláez y Salinero sirvieron, como ya hemos dicho, la comida a los mendigos, con todo el afecto de sus almas buenas. ¡Santas mujeres, sembradoras del bien y del amor, Dios os lo pague!..

COMIDA ÍNTIMA Y VELADA LITERARIA

El generoso don Luis obsequió después a los numerosos invitados con una succulenta comida, en la casa rectoral, que fué un prodigio de selección y abundancia.

Y por último, los sacerdotes de la Unión Apostólica y las entusiastas señoritas y caballeros cooperadores de esta gran obra, improvisaron una veladita, en unión de los niños de las escuelas públicas, admirablemente dirigidos por sus celosos

maestros, y en homenaje al apóstol de la evangelización de los mendigos.

La velada se celebró en la casa de Ayuntamiento con asistencia de las autoridades y de todo el pueblo, interpretándose el siguiente programa:

- 1.º *Himno de los mendigos.*
- 2.º *Prolusión*, por el doctor don Juan Méndez Pérez.
- 3.º *De nuestro ayer*, por don Angel García Hernández.
- 4.º *Racimos y espinas* (canto infantil).
- 5.º *Felicitación*, por la señorita Luisa Robuster.
- 6.º *Himno eucarístico*, cantado por los concurrentes.
- 7.º *Un sueño*, por el doctor don Bienvenido Romo.
- 8.º *A los niños de Valdecarros*, señorita Natividad Calvo Montealegre.
- 9.º *Canción de bodas* (poesía), leída por su autor don Andrés Rubio Polo.
10. *Salve*, cantada por los niños.

Todos oyeron muchos aplausos; y a continuación publicamos sus interesantes trabajos, excepto el prólogo del doctor Méndez, que fué una admirable improvisación de ofrecimiento, y la poesía de don Andrés Rubio, que por su mucha extensión, sentimos no poder reproducir en este número.

Y al cerrar esta crónica, trazada al correr de la pluma y bajo la impresión del momento, sólo nos resta decir a don Luis: «¡Adelante!... y que Dios quiera que celebremos tus bodas de oro. ¡Adelante! ¡Adelante!

X.

LOS DISCURSOS

Felicitación

No quiero que falte mi humilde, pero sincera, felicitación al venerable sacerdote, a quien hoy honramos, y aunque temo que mi pobre trabajo sea la nota discordante de estas fiestas, por falta de aptitudes para hacer nada digno de ellas, recordaré, en primer lugar, el

celo incansable con que don Luis González Huertos trabajó en la parroquia de Peñaranda, buscando siempre la gloria de Dios y el bien de las almas, captándose las simpatías de cuantas personas tuvimos el gusto de tratarle. Allí empleó sus energías físicas y morales, y allí tiene y tendrá siempre un cariñoso recuerdo. Dios le premie cuanto trabajó en bien de las almas, y estoy segura que en el día de hoy no faltarán en Peñaranda oraciones dirigidas al Señor suplicándole le colme de sus bendiciones y gracias.

Aquel sacerdote de ayer, lleno de vida y salud, ha perdido algunas fuerzas físicas con los años; pero en su alma ha aumentado la energía, y vedle hoy gozando al considerar la obra por él fundada a costa de trabajos, sacrificios y contradicciones sin número.

Todos conocéis y sabéis muy bien los beneficios que el Asilo de Valdecarros reporta, no sólo en el orden material, sino también, y muy particularmente, en el espiritual; buena prueba de ello son las limosnas repartidas durante el año y los ejercicios espirituales que se dan a los mendigos, con los que se les instruye y se les enseña a conseguir el fin para que hemos sido criados.

¡Cuántas almas por este medio sabrán labrarse en su pobreza una gran corona de gloria, y sin él acaso esa misma pobreza hubiera sido causa de su perdición! ¡Hermosa obra la del Asilo, institución sublime! ¿De dónde habrá brotado? ¿Cuál será su origen? Estoy segura que si preguntáramos a su fundador dónde recibió la inspiración de crearla, dónde encontró fuerza para llevar a cabo tal proyecto, dónde acude para sostenerlo, parece que le oigo decir: "Todo lo encuentro en el Sagrario" Y es natural, en el Sagrario mora Aquel que sien-

do todo caridad, no puede menos de comunicarla a las almas que se le acercan, y Él es el que inspira y hace llevar a cabo obras que como la del Asilo de Valdecarros, es toda caridad desinteresada y unida al sacrificio.

Y a vosotros, dichosos y felices mendigos, ¿qué os diré en este día en que os veo rebosando alegría y contento? Sois ricos en medio de vuestra pobreza: os felicito y os recomiendo que no olvidéis que el origen de todos los bienes que aquí habéis recibido está en el Sagrario, y allí encontraréis la gracia necesaria para corresponder a los beneficios que recibís, y que el Señor, que en el Sagrario mora por nuestro amor, es el que puede pagar y pagará largamente a vuestro principal bienhechor, don Luis González Huertos, y a cuantas personas contribuyen al sostenimiento del Asilo.

LUISA ROBUSTER.

Un sueño.

ERA un precioso atardecer. La bóveda celeste parecía el dibujo de un hada que, indolente y caprichosa, hubiera ido esparciendo acá y allá retazos de blanquísima tela, con los que había formado aquel sublime horizonte que sólo un artista sería capaz de apreciar. El Sol, cansado y sonmoliento de su diurna carrera, corría presuroso a recostarse en el blanco cendal de las nubes, no sin dejar huellas de su vertiginosa carrera en la roja y luminosa estela de un crepúsculo que pintaba de rosicler aquel bello atardecer.

Aunque no soy poeta, me sedujo, no obstante, y subyugó aquel precioso cuadro que tenía por marco la naturaleza en todo lo que tiene de grande y de sublime, y por artista el dedo omnipotente del Dios creador, y como embriagado con aquella contemplación, y como arrullado por aquella música sin sonido, entorné mis párpados y dejé que el sueño se apoderase de mi sér.

En los brazos ya de Morfeo, mi alma, señores, voló, voló a las regiones de lo infinito y se complació en admirar un cuadro, aún más hermoso, que aquel que había adormecido mi alma, y que vais a permitirme que os describa.

Una hermosa dama, coronada con diadema de perlas y esmeraldas, vestida con un admirable y refulgente traje de finísima tela, blanca e inmaculada como el ampo de la nieve, ceñida con rico cordón de color encarnado, adornada con las más hermosas y variadas flores, cubierto su ebúrneo cuello con brillantes y valiosos collares de toda clase de piedras preciosas, con el dominio de una reina y el imperio de una diosa, paseaba por un ameno y florido jardín; de cuando en cuando se inclinaba sobre alguna flor, y, con el dominio del que dispone de cosa propia, la cortaba, la tomaba en sus delicadas manos y la prendía en su regio y soberano traje, para continuar su paseo e ir añadiendo nuevas galas y adornos a su ya magnífico porte.

Entusiasmado con aquella que parecía celeste visión, cobré alientos y me acerqué a la dama y con las más corteses palabras preguntéla quién era, y qué significaba aquel jardín y aquellas vistosas y hermosas flores. Ella tomándome de la mano me alejó algún tanto y comenzó a decirme: «Soy la Caridad: soy esa virtud divina que un día predicara el divino Nazareno; mi vestido blanco, símbolo es de la pureza que en mi anida; mi rico y encarnado ceñidor representa el fuego que imbuo en las almas que me adoran; esas ricas preces que embellecen mi cuello son las irradiaciones del divino sol que me ilumina; esa diadema que orla mis sienes es la señal de que soy entre las virtudes la reina; esas frescas y olorosas flores, indican que mi vida es eterna, como eterno es el Señor, del que soy el más rico ypreciado don; este mi jardín es la Iglesia santa donde encuentro y recojo mis regalados y sazonados frutos. Todas estas flores con que me engalano son las diversas manifestaciones con las que a través de los veinte siglos que ha que existe la Iglesia, me he mostrado a los hombres; aquí verás (y me iba mostrando distintas flores) al espíritu de un Francisco Javier, que vuela al Japón para iluminar las almas de los indios; contempla en esa otra flor, el espíritu de Vicente de Paul, que funda esas religiosas que son la caridad en acción vivificadora; observa en este rojo clavel a un San José de Calasanz, que recoge y ampara los niños; considera en esta pasionaria el espíritu del insigne español Juan de Dios que corre al hospital para en-

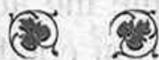
dulzar el dolor y el sufrimiento; admira por último (y aquí la dama se engrandeció y sublimó hasta tal punto que se la podía tener por un dios) admira, me dijo, esta nunca vista flor, mezcla de todas las anteriores, que es la expresión del espíritu de un olvidado cura rural, que en alas de su espíritu ardiente ha volado en busca del pobre y del hambriento para saciar su cuerpo, y sobre todo su alma, del pan de la doctrina y del espíritu».

Así habló aquella dama: su voz, que parecía el gorjeo del ruiseñor, se apagó, dejando en mi alma remembranzas de cielo.

Llevóme después a un suntuoso palacio y ví que aquella regia doncella presentaba su última flor al Dios omnipotente, y el Rey de Reyes, tomándola, infundió en ella el soplo de su espíritu eterno e infinito y la presentó a toda la corte celestial que, extática y muda, la contemplaba. Tomó después la diadema de la Caridad y arrancando de ella una riquísima perla la entregó a la doncella para que, como presente, la regalara a tan virtuoso como celoso párroco.

Desperté, y meditando sobre este sueño he comprendido que tal perla desgajada por la mano de Dios de la rica diadema de la Caridad, es el presente que hoy, día de vuestras bodas de plata, venerable don Luis, os hace el Eterno, en prueba de vuestro celo y abnegación para la gran Obra de la Evangelización del pobre y del mendigo.

BIENVENIDO ROMO.



A los niños de Valdecarros.



No todo ha de ser para las personas respetables de este pueblo, que hoy visito por segunda vez, con más cariño aún que la primera.

Para vosotros, pobres mendigos, para los hospitalarios vecinos de este pueblo, para sus autoridades ejemplares, se habrá borrado quizá el recuerdo del 2 de Mayo último; para mí, no es fácil que se borre, y al encontrarme aquí otra vez, obedezco las indicaciones que se me han hecho por persona respetabilísima; y, sin autoridad ninguna para ello, me atrevo a dirigiros la palabra, fiada solamente en que el lenguaje del corazón lo entendemos todos, y en especial la parte de público a quien dedico estas breves cuartillas. Me refiero a los niños.

Perdonad los demás. Para todos, mi saludo cariñoso y efusivo, mi enhorabuena más cordial, por el consolador ejemplo que estáis ofreciendo; hoy es día grande para Valdecarros, y (dejando a un lado pequeñeces que pondrían una nube en el limpio horizonte de esta hermosa fiesta), día de hacer promesa solemne de seguir siempre adelante con la Obra bendita que cobijáis en vuestro seno.

Pero escuchad un momento. La vida es breve; tan breve como un soplo. Desde el año pasado a éste, algunos de vuestros seres queridos marcharon ya a la región de donde no se vuelve nunca; de los que estamos aquí, al año próximo, no sabemos cuántos recibirán la orden de marchar. Y de la misma manera que las cosechas y las estaciones se suceden, las generaciones pasan y no vuelven más.

Sin embargo, no pasan sin dejar huella; tras de cada una va quedando la semilla que, con sus vicios o con sus virtudes, fué sembrada en el corazón de sus hijos, y a la larga, el fruto responde (no lo dudéis) a la simiente que se sembró, y la sociedad mejora en sus costumbres o se emponzoña más y más, con el ejemplo de los seres que en ella sirven.

Sacerdotes, padres, maestros, todos los que directa o indirectamente pueden influir en la vida de los pueblos, ¡cuán grande es la responsabilidad que a cada uno incumbe a los ojos de Dios!

En algunas regiones malsanas se recomienda la plantación de árboles que purifiquen la atmósfera y contribuyan a sanear el aire viciado que allí se respira.

Una cosa parecida a lo que pasa con el cuerpo, ocurre también con el alma. Si echáis una ojeada a vuestro alrededor, los más desaprensivos reconoceréis que estamos respirando una atmósfera envenenada, capaz de pervertir las costumbres más santas. Espectáculos inmorales, modas escandalosas, prensa envilecida (dejando siempre a salvo excepciones honrosísimas), todo conspira a perder al hombre y, lo que es más triste todavía, a corromper al niño, esperanza del mañana y base de la futura sociedad.

¡Cómo consuela al alma el espectáculo que hoy ofrece vuestro pueblo!

También aquí, para purificar los hálitos malignos, una mano experta y bondadosa ha plantado un árbol santo, un árbol frondoso y espléndido, que cobija bajo sus ramas a todos vosotros, pero en especial a los niños, que son los que más tarde quedarán encargados de que ese árbol no se

agoste, no se seque, de que crezca más y más, hasta que, como el grano de mostaza del Evangelio, llegue con su copa al cielo y extienda su follaje a todos los pueblos y ciudades de alrededor.

¿Sabéis, queridos niños, a qué árbol me refiero? Pues hablo del árbol santo de la caridad cristiana.

Entre vosotros tenéis a vuestro venerable Sacerdote, fundador del Asilo de Mendigos, que constituye un timbre de gloria para Valdecarros, a vuestros excelentes maestros, que, como expertos jardineros riegan constantemente ese árbol, con sus buenos ejemplos y enseñanzas; a vuestros caritativos padres, que con sus trabajos y limosnas contribuyen a que las raíces del árbol, adquieran más fuerza cada vez.

¿Qué pensáis hacer en el futuro?

A vuestro corazoncito, virgen todavía, acudo, para que allá dentro, muy dentro, me contestéis.

¿Dejaréis morir esta Obra bendita, que ha nacido en vuestra infancia, en esa edad cuyas impresiones no se borrarán jamás? ¿Olvidaréis las lecciones que ahora estáis recibiendo? ¿Llegará un día en que los pobres mendigos al pasar por Valdecarros, echen de menos el santo Asilo que hoy los acoge, para darles el alimento espiritual y corporal? ¿Cerraréis vuestras puertas alguna vez al pobre abandonado que llama a ellas, recordando que en días más felices se le abrieron de par en par?

¡No lo permita Dios!

¿Que quién soy yo para hablaros así?

No me conocéis ¿verdad? Yo en cambio os conozco mucho, y os quiero con todo el afecto de mi corazón. Vivo rodeada de niños y con ellos paso los ratos más felices de mi vida.

Preguntad a vuestra buena maestra quién soy yo, y ella os responderá. Pero satisfaré algún tanto vuestra curiosidad diciéndoos, que en tiempos no muy lejanos, la tuve a un lado, como ella y vuestro maestro os tienen hoy a vosotros.

La recuerdo con el cariño que todo el que se dedica a la enseñanza conserva de sus discípulos, y me siento orgullosa cuando veo que en vuestras almas deposita, ante todo y sobre todo la semilla de la educación cristiana que ella recibió.

¿No es verdad que por el hecho de haber sido maestra de vuestra maestra, no resulto una desconocida y hasta puedo permitirme alguna autoridad sobre vosotros?

No temáis que vaya a abusar de ella: os explicaré a dónde quiero ir a parar.

Ya sabéis que este año y hoy sobre todo, celebra sus bodas de plata vuestro bondadoso Pá-

rroco que tanto os quiere: yo sé que si estuviera en vuestras manos disponer de alguna cosa de mucho valor, se la ofreceríais gustosísimos. ¿Pero qué es lo que unos pobres niños pueden ofrecer?

Por otra parte, yo también hubiera querido hacerle un presente valioso, y como no he encontrado otro mejor que el de interpretar vuestros deseos, con la autoridad de que antes os hablaba, y con la esperanza de que no me dejaréis mal, me atrevo a decirle en vuestro nombre:

«Don Luis: Los niños de Valdecarros, que le quieren a usted mucho, y desean tenerle muchos años a su lado, para que los siga usted dirigiendo cuando sean hombres, con sus santos ejemplos, le ofrecen a usted por conducto mío, el presente más hermoso que en el día de hoy puede usted recibir: la promesa solemne de que cuando los haya dejado para ir al cielo, a pedir al Señor que derrame sus bendiciones sobre la Obra de sus amores, ellos la seguirán en la tierra, para que los pobres mendigos encuentren siempre en Valdecarros unos corazones que los quieran como hermanos, y unos brazos siempre abiertos para estrecharlos por amor de Dios y en recuerdo de usted.»

NATIVIDAD CALVO MONTEALEGRE.

Valdecarros, 7 de Abril de 1918.



De nuestro ayer.



ON estilo fluido y correcto, trazó don Angel García, en ameno discurso, la interesante biografía de don Luis, trasunto de una vida ejemplar y laboriosa, empleada en el servicio de Dios y el bien del prójimo.

Desde sus primeros años y muy especialmente desde que comenzó su carrera sacerdotal, la historia pública y privada de don Luis es digna de elogio.

Dijo de él que en el Seminario se distinguió por su virtud y aplicación y que fué inspector discreto y afable.

Ya sacerdote, en Peñaranda mereció el dictado de Luis Gonzaga. En El Cubo de don Sancho trabajó mucho y derramó el bien a manos llenas, enfervorizando a sus feligreses con su ejemplo y amor a Jesús Sacramentado.

Siendo párroco de Cabeza de Framontanos tuvo preparada su grandiosa obra de la evangeli-

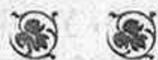
zación de los mendigos, cuya inspiración recibiera junto al Sagrario, practicando los santos ejercicios con sus hermanos de la Unión Apostólica.

Dificultades del momento—que no hay obra buena que no las tenga—impidieron la realización de su idea, enfermando gravemente por aquel entonces... Pero él no desmayó, y convencido de la necesidad de llevar a cabo su obra, siguió acariciándola en su alma y poniendo su confianza en la Providencia.

Trasladado a Valdecarros, en poco tiempo preparó el pueblo para su labor y con la cooperación y consejo de sus hermanos del Centro Salmantino, la puso en planta como hoy está.

Y el humilde y apostólico varón ha llegado a ver cumplidas sus santas aspiraciones para gloria de Dios y bien del prójimo.

Terminó don Angel suplicando a sus oyentes una oración y una limosna para el sostenimiento y progreso del Asilo, testimonio el más elocuente de homenaje a la benemérita obra de don Luis.



El hermano de la caridad y sus bodas de plata



VEINTICINCO años de Sacerdocio...! ¿Sabes, lector lo que esto significa? Veinticinco años de acción parroquial, de acción apostólica; veinticinco años de abnegación, de sacrificio y de desprendimiento... ¿Te formas idea de lo que esto quiere decir?

Pues repara en las circunstancias actuales y juzga desinteresadamente. Dime: ¿Qué vienen a significar las bodas de plata del Cura de Valdecarros?

Yo responderé por ti: significan nada menos que veinticinco años de apostolado social, de servicio activo en la milicia de Jesucristo; cinco lustros de ejercicio espiritual, dedicados exclusiva-

mente a infundir en unos millares de almas el soplo vivificante de la doctrina cristiana; significan veinticinco años únicamente consagrados a remediar al pobre, a dar de comer al hambriento, a enseñar al que no sabe, a vestir al desnudo y a dar posada al peregrino; y, lo que es más, veinticinco años inoculando en los corazones de los mendigos expulsados del humano consorcio, el fuego del amor y el suave bálsamo de la resignación cristiana. En una palabra, veinticinco años haciendo de «Hermano de la Caridad».

A.



Alma adentro

A don Luis González Huertos, en recuerdo de sus bodas de plata.

POR qué, Señor, de tu bondad me quejo en las horas que el alma, solitaria, no acierta a modular una plegaria ni atiende las razones de un consejo?...

¿Por qué, Señor, de tu amistad me alejo cuando fortuna, miserable y varia, me brinda del dolor la pasionaria, que del triste vivir es fiel reflejo?...

Mientras haya un mendigo que, llorando, tu mano bese y tu piedad implore, no me puedo quejar sin que te ofenda.

Haz que yo viva por el bien luchando:
haz que yo siempre tu justicia adore,
y arranca de mis ojos esta venda,
de suerte que yo entienda
que Tu eres nuestro Padre y Soberano
y ame al mendigo con amor de hermano.

EL TROVADOR.

